

BAILE PIRATA

Fabiana Margolis

La foto pegada ahí, en el pizarrón, fue como una cachetada.

La había traído Agustina, la chica nueva, y era la foto de uno de sus ex compañeros de clase. Rubio, de ojos celestes, sonriente, carilindo. Cariestúpido, pensó Nicolás, mientras miraba cómo todas las chicas, embobadas, dibujaban corazoncitos rojos alrededor del retrato. Se reían, nerviosas, como si él, el chico de la foto, fuera de carne y hueso. Valeria también. Parecía la más embobada de todas, escribiendo su nombre al lado de la fotografía y ocultando una sonrisa tímida.

Para colmo, se llamaba igual que él: Nicolás. Nico, como habían escrito, entre corazones de tiza, las chicas. De los cientos de nombres de varones que existían en el mundo, tenían que llamarse igual. Nicolás odió a su tocayo aunque sólo conocía de él lo que mostraba una fotografía arrugada.

Después, cuando llegó la profesora de matemática y la foto fue rápidamente reemplazada por diez ecuaciones que llenaron de números el pizarrón, Nicolás se dio cuenta de que era la primera vez que se ponía contento al ver entrar a una profesora al aula. Y eso que María Élica de la Fuente Grata, la profesora de matemática, lo único que tenía de grata era su apellido. Era bajita, ligeramente encorvada, y su cabeza estaba llena de rulos enmarañados que le ocultaban la cara. Además, siempre parecía saber lo que uno estaba pensando. Como si se metiera dentro de la cabeza de su interlocutor, con esa mirada penetrante y oscura que tenía.

–Nicolás –llamó–, usted que está en otro planeta, ¡qué digo en otro planeta! En otra galaxia... ¡qué digo en otra galaxia! Mejor dicho: en otra vía láctea –enfaticó con su voz chillona y un tanto teatral– pase al frente a resolver la primera de las ecuaciones.

Nicolás pasó sin decir nada, porque ya sabía de antemano que contradecir a Fuente “Ingrata”, como la llamaban en secreto, sólo podía ocasionarle más y peores problemas.

Y allí, donde antes había estado la foto, empezó a escribir números y más números con una bronca y una rapidez inusitadas en él.

Lo peor de todo era que eran mejores amigos.

Nicolás pasaba a buscarla todas las mañanas, porque la casa de Valeria le quedaba de camino hacia el colegio. Además, muchas veces se juntaban para estudiar. Algunos días en el departamento de Nicolás; otros, en la casa de Valeria. Nicolás siempre prefería ir a la casa de ella, porque se sentía cómodo en las amplias y ordenadas habitaciones, en medio de un silencio perfumado que les permitía concentrarse para hablar. Nicolás no sabía exactamente a qué olía ese perfume que lo envolvía como un abrazo cuando entraba en la casa de Valeria, pero sí sabía que era un olor absolutamente desconocido. Sólo allí lo sentía. Además, la mamá de Valeria era elegante y divertida y les preparaba una merienda casera, llena de dulces y postres que ella misma cocinaba. A Nicolás le daba vergüenza invitar a Valeria a su pequeño departamento, donde todo parecía estar siempre desordenado y amontonado y donde la música que escuchaba su hermano a todo volumen hacía que ellos tuvieran que gritar para escucharse. O ensayar un nuevo e improvisado lenguaje de señas. Como la mamá de Nicolás trabajaba hasta tarde, nunca llegaba a tiempo para prepararles la merienda, así que él solía improvisar algo con lo que había quedado del desayuno.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —preguntó Valeria mientras cruzaban la última calle antes de llegar a la cuadra de su casa. Nicolás había estado serio, pensativo y callado durante todo el trayecto.

—Nada —se encogió de hombros él.

—¿Nada?

—No, ¿por qué?

—Por nada —dijo ella, sonriendo e imitando su gesto y su tono de voz.

Llegaron al jardín delantero que presidía la casa de Valeria. Era un jardín pequeño, donde se destacaban dos rosales, uno lleno de rosas blancas; el otro, con capullos apenas insinuados de rosas rojas como el vino.

–Ya sé qué te pasa –siguió, divertida, ella. Llevaba el cabello recogido hacia atrás y un mechón rebelde insistía en caer sobre su mejilla, a pesar de los movimientos que ella hacía para volverlo a su lugar.

–¿Ah, sí? ¿Qué? –la desafió Nicolás. Estuvo tentado de apartar suavemente el mechón de pelo castaño del rostro de ella, pero se contuvo.

–Fue por lo de la foto. Vos, igual que todos los varones, se pusieron celosos.

–¿Celoso, yo? Nada que ver. Los demás no sé, pero yo... Ni que fuera Brad Pitt.

–¿Viste? Estás celoso –decretó ella–. Bueno, me voy rápido porque la profesora de inglés debe estar por llegar. Chau.

Y despidiéndolo con un beso, entró rápidamente en su casa. Nicolás la miró desaparecer y después detuvo su mirada sobre las rosas. Había algunos capullos tan chiquitos que casi no se distinguían. Parecían sombras rojas en medio de un mar verde y espinoso. Así, con ese pensamiento dándole vueltas en la cabeza, siguió caminando hasta su casa.

Esa noche, antes de acostarse, se miró un rato largo en el espejo del baño, hasta que su mamá le golpeó la puerta preguntándole si se sentía bien.

Entonces sucedió lo que más lo asustaba.

Y lo que más lo preocupaba (aunque él nunca lo hubiese admitido) tenía un nombre que era, paradójicamente, su mismo nombre. Conoció a Nicolás, el otro, el de la foto, en persona. E hizo el papelón de su vida.

Al cumpleaños de Agustina fue decidido a todo. Estaba dispuesto a hablar con Valeria y a decirle lo que sentía. Por eso, tal vez, fue que eligió el disfraz que mejor encajaba con su decisión: el Corsario Negro. No un simple bucanero o un pirata de mala muerte. Consiguió una capa larga que anudó alrededor de su cuello, un sombrero oscuro de ala ancha y hasta una espada que colocó dentro de la faja de su cintura. Antes de salir se miró por última vez en el espejo de su casa: ahora sí estaba listo para el abordaje.

Cuando Nicolás llegó, el cumpleaños ya había empezado. En su casa, su mamá le había preguntado si quería que lo acompañase, pero él se había negado. Los verdaderos piratas, los valientes, siempre iban solos a todas partes. Él, por supuesto, no iba a ser la excepción.

Se oían voces y música del otro lado del portero eléctrico. Nicolás se acercó para decir su nombre y después esperó, acomodándose la capa en el reflejo de los vidrios y mirándose de perfil. Decididamente, era el disfraz para él.

Fue por eso, porque estaba concentrado en su propia imagen, que no lo vio venir. De repente, Nicolás –el otro, el de la foto– estaba parado enfrente suyo.

Lo malo: su sonrisa era diez veces más canchera e insoportable que la de la fotografía.

Lo peor: no llevaba puesto ningún disfraz.

–Hola –saludó él–. ¿Vas a lo de Agustina?

–Sí –Nicolás quería que el mar se lo tragara. O que algún pirata enemigo lo empujara por la borda.

Los seis pisos que subieron por el ascensor fueron en completo silencio. De vez en cuando, Nicolás, el de la foto, echaba una mirada divertida sobre el otro Nicolás, el Corsario, y aguantaba la risa.

Por fin llegaron. Entraron. Algo raro sintió Nicolás, segundos antes de darse cuenta de la situación: era el único disfrazado. Agustina lo fue a recibir.

¿Nadie te avisó, Nicolás? Al final, el viernes suspendimos la fiesta de disfraces.

Y no. Nadie le había avisado.

Era difícil no llamar la atención, mientras caminaba y su espada chocaba contra los sillones y las sillas del living. Si se hubiera puesto una careta o un antifaz, podría haber ido al baño a sacárselo enseguida. Pero así vestido era imposible: tenía los pantalones metidos dentro de unas botas altas, como las

que usaban realmente los corsarios. La faja, la espada, el sombrero, la capa, ¿dónde iba a meter todo eso?

–¡Uy! El zorro... –escuchó que alguien susurraba detrás suyo.

Uno de los amigos del imbécil de Nicolás, que se reía como un estúpido, y que evidentemente nunca había leído una novela de aventuras en toda su vida.

Valeria estaba más allá, entre sus amigas. Se había maquillado apenas y llevaba el cabello suelto, sobre los hombros y sobre una musculosa de color celeste. Nicolás tenía tantas ganas de acercarse, de saludarla, de invitarla a bailar. Pero así como estaba no se animaba. La capa le pesaba como cien kilos; el sombrero había empezado a picarle y a darle calor; la espada se enredaba entre sus piernas, dificultándole los movimientos.

Entonces empezaron los lentos. Y las sonrisas nerviosas entre las chicas. Nicolás, el de la foto, no tuvo mejor idea que acercarse a Valeria para invitarla a bailar. Justo a ella, entre todas las chicas. Y Valeria, embobada y como si lo hubiera estado esperando toda la vida, le dijo enseguida que sí.

Afuera empezaba a garuar finito. Nicolás se dio cuenta cuando salió al balcón, a tomar un poco de aire. Necesitaba respirar y adentro era como si el aire se hubiera acabado.

La ciudad estaba silenciosa y llena de neblina opaca. Nicolás se sacó el sombrero y dejó que las gotas de lluvia mojaran su rostro. Absolutamente derrotado. Así se sentía. Como si estuviera a punto de ser arrojado al mar, luego de perder la gran batalla final.

Decidió quedarse un ratito. Por si acaso. No sabía muy bien qué acaso estaba esperando, pero sin duda había algún “por si” dando vueltas en sus pensamientos. De vez en cuando, echaba una mirada adentro, pero seguía sin animarse a entrar. Luego de unos minutos, cuando ya se había mojado suficiente, intuyó que era el momento de irse. Atravesó el living en penumbras y, aunque trató de encontrar a Valeria, no la vio por ninguna parte. Seguramente estará con el imbécil, pensó, intentando no pensar demasiado. Sólo cuando llegó al hall de entrada se dio cuenta de dos cosas: que se había olvidado su sombrero pirata arriba, en algún lugar del balcón, y que no tenía

manera de abrir la puerta sin una llave. No estaba en sus planes inmediatos volver a subir, así que esperó a que alguien quisiera entrar o salir.

–Genial –pensó, a los diez minutos de espera, resignándose a sentarse sobre uno de los canteros.

Por fin escuchó el ruido del ascensor bajando. Se levantó para acercarse a la puerta y allí, en el reflejo del vidrio, vio lo que menos esperaba: a Valeria y a su sombrero pirata. Lo llevaba puesto y le quedaba diez veces –¡mil veces!– mejor que a él.

–Te... te olvidaste el sombrero arriba –le dijo ella, mirándolo.

–Parecés una mujer pirata.

–¿En serio? No creo –Valeria se miró en el gran espejo del hall y pareció recobrar su seguridad–. Bueno, puede ser. Me hubiera gustado ser la capitana de un barco. Si se hubiera hecho la fiesta de disfraces, tal vez me hubiese disfrazado de pirata.

Después lo miró con sus ojos claros. Había un tono de reproche en su voz, cuando dijo:

–Te estaba esperando.

–¿Esperando?

–Sí, allá arriba.

Nicolás se quedó mudo, helado y petrificado, como las plantas de plástico que tenía detrás suyo. En ese momento, alguien entró al edificio. Nicolás sólo pudo ordenar sus pensamientos cuando la persona desapareció dentro de uno de los ascensores y lo único que le salió fue una sola palabra:

–Pero... –atinó a decir.

–¿Pero qué?

–Pero vos estabas...

Tres palabras. Iba mejorando su promedio.

–Los varones nunca entienden nada –dijo ella moviendo la cabeza.

–¿Qué se suponía que tenía que entender?

Sí, definitivamente parecía una mujer pirata. Demasiado peligrosa, pensó Nicolás, y, sin duda, mucho más valiente que él. Se acercó hasta ella para dejar de pensar.

—¿Querés bailar? —susurró.

Valeria sonrió bajo su sombrero oscuro y le pasó los brazos alrededor del cuello.

No es fácil enamorarse de una mujer pirata, pensó Nicolás.

Pero ya era demasiado tarde.